

Donatella Di Pietrantonio

Las hermanas de Borgo Sud

Traducción de Nela Nebot



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

*A Paolo,
por la fuerza que desconocías tener*

Esta es una obra de fantasía. Cualquier referencia a lugares, hechos y personas responde a las libres leyes de la imaginación.

Por exigencias narrativas, se han introducido ligeras modificaciones en la topografía de Pescara y en la cronología de algunos eventos.

Cuando me casé, tenía veinticinco años. Durante mucho tiempo había deseado casarme y a menudo pensaba, con un sentimiento de abatida melancolía, que no tenía muchas posibilidades.

Natalia Ginzburg, *Mi marido*

1

La lluvia se derramó sobre la fiesta sin el aviso de un trueno, ninguno de los invitados había visto que las nubes se espesaran sobre las colinas oscurecidas de bosques. Estábamos sentados a la larga mesa, puesta sobre el prado, cuando el agua comenzó a golpearlos. Comíamos espaguetis *alla chitarra*, las botellas ya estaban medio vacías. En el centro del mantel bordado, la corona de laurel que Piero se había quitado después de las fotografías desprendía su aroma. A las primeras gotas miró al cielo y luego a mí, que estaba a su lado. Se había quitado la americana y la corbata, se había abierto el cuello de la camisa y se había subido las mangas hasta los codos: su piel irradiaba salud, luminosidad. Había dormido poco, y yo con él, solo hacia la mañana. Por unos instantes, cuando me desperté, ya no sabía quién era ni a quién amaba, ni que empezaba un día feliz.

Piero me miró, sorprendido por el mal tiempo. Una bola de granizo golpeó el vino de su copa. Algunos seguían moviendo las mandíbulas, sin saber qué hacer.

Mi hermana ya se había levantado de un salto y recogía las bandejas con la pasta sobrante y las cestitas del pan, las ponía a salvo en la cocina de la planta baja. Nos refugiamos bajo un cobertizo, mientras Adriana seguía corriendo, entrando y saliendo, empujada por el viento. Luchaba por la comida contra el temporal, no estaba acostumbrada a desperdiciar nada.

Me había asomado para quitarle de las manos las últimas bandejas cuando un trozo de canalón cedió y cayó sobre mí. Desde el pómulo herido, la sangre se deslizó hasta mi pecho, mezclándose con el agua de lluvia. Había elegido un vestido blanco para la ocasión. Me sentaba bien, había dicho Adriana por la mañana, era una especie de prueba del vestido de novia. Llegamos temprano para ayudar con los preparativos. Desde la ventana vi el vuelo bajo y silencioso de las golondrinas, presentían la lluvia. La madre de Piero, en cambio, no se lo esperaba e insistió en celebrar la graduación en la casa de campo.

Conservo una fotografía de los dos, mirándonos enamorados, Piero con el laurel en la cabeza y ojos de devoción. En una esquina aparece Adriana, entró en el plano en el último momento: su imagen aparece movida y su pelo traza una estela marrón. Nunca ha sido discreta, siempre se ha entrometido en todo lo relacionado conmigo como si también fuera suyo, incluido Piero. Para ella, él no era muy distinto de un hermano,

pero amable. Mi hermana reía despreocupadamente a la cámara, sin imaginar lo que íbamos a vivir. He traído conmigo la foto en este viaje: somos tres jóvenes encerrados en un bolsillo interior del bolso.

Años después, Adriana y yo encontramos el vestido entre las prendas que ya no usaba, en la tela permanecía un ligero halo de sangre.

–Esto era una señal –dijo agitándolo delante de mi cara.

2

No consigo dormir en esta habitación de hotel. Me rindo al agotamiento, pero pronto me sobresalto y abro los ojos en la oscuridad. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y la fiesta de graduación de Piero es un recuerdo infiel, o un sueño fragmentario. Quizá ya no pueda restablecer la verdad sobre nada, después de la llamada que recibí ayer. Por debajo de la puerta se filtra la luz tenue del pasillo, pisadas amortiguadas. Pasan otros recuerdos, llenos de gente, desordenados. La memoria elige sus cartas de la baraja, las intercambia, y, a veces, hace trampas.

He viajado todo el día en diferentes trenes, escuchando los anuncios por megafonía primero en francés y luego en italiano. Los nombres de las estaciones más pequeñas, donde no hemos parado, desaparecían al instante, algunos no he conseguido leerlos. De repente, por la tarde, la ventana se ha llenado de mar, el Adriático con sus ondulaciones, tan cerca del ferrocarril en algunos lugares. Al cruzar Las Marcas he vuelto a experimentar la ilusión óptica de los edificios inclina-

dos hacia la playa, como atraídos por el agua. Adriana no sabe que he llegado. Iré a verla mañana, pero no a Borgo Sud.

Aquí en el hotel me han preguntado si quería comer y les he dicho que estaba demasiado cansada para bajar a cenar. El abruzo, fuerte y amable, ha llamado a la puerta mientras veía las noticias, me ha traído galletas y leche caliente de la mano de una chica rubia. No le he añadido azúcar, ya era suficientemente dulce. El sabor olvidado del primer alimento, lo he bebido a pequeños sorbos, no esperaba tanto consuelo. Christophe dice que la leche es mala para los adultos, que solo los humanos son tan estúpidos como para seguir consumiéndola después del destete. Pero luego lo he visto salir al rellano pescando patatas fritas de la bolsa. Es mi vecino de enfrente francés, trabaja en el sincrotrón de Grenoble. Compartimos un gato y el cuidado de unas plantas que viven entre nuestras puertas. Le dejé una nota antes de irme, así que ahora tiene que ocuparse él.

A Piero, en cambio, le gustaba a veces cuando volvía tarde por la noche:

–Solo tomo leche y galletas.

Teníamos siempre de muchos sabores para el desayuno. Las remojaba una a una en la taza, sujetándolas entre el pulgar y el índice, y me contaba el día.

La casa en la que vivíamos de recién casados no está lejos de aquí. Repaso mentalmente las travesías que se

paran esta calle de la calle Zara. Tengo una impresión tan clara de aquel apartamento que aún hoy podría enumerar cada detalle: la baldosa agrietada del baño que sonaba sorda al caminar sobre ella, las evoluciones de la luz en las paredes a lo largo del día. Para nosotros el primer despertador era una pequeña detonación en la ventana, cuando el sol salía y la calentaba, produciéndose una dilatación repentina del cristal. Piero comenzaba a darse la vuelta, protestando contra la necesidad de levantarse. Respirábamos siempre un aire ligeramente azul, que entraba por la terraza asomada al mar. El mar se evaporaba en nuestra casa.

Ahora no se siente el sabor a sal, y el rumor de las olas apenas se filtra desde el exterior.

Aquella noche tampoco dormía, en aquella cama demasiado ancha. Era nuestro tercer verano allí, había desaparecido el olor a muebles nuevos y los fogones de la cocina ya habían perdido su brillo. Piero acompañaba a su padre, que estaba ingresado en el hospital. En el momento más oscuro, antes del amanecer, alguien llamó al timbre con toda su furia. Gritó su nombre y en un instante estaba en el rellano, me llegaban los pasos nerviosos y la respiración jadeante desde el otro lado de la puerta. Tardé un poco en desbloquear la cerradura de las vueltas de la noche, desde allí refunfuñaba contra mí. No veía a mi hermana desde hacía más de un año.

De niñas éramos inseparables, luego aprendimos a perdernos. Era capaz de dejarme sin noticias suyas durante meses, pero nunca durante tanto tiempo. Parecía obedecer a un instinto nómada y cuando un lugar ya no le convenía lo abandonaba. Nuestra madre se lo decía de vez en cuando: eres una gitana. Después yo también lo fui, de otra manera.

Entró de prisa y cerró la puerta a sus espaldas dando un empujón con el pie hacia atrás. Una de las zapatillas que llevaba se le cayó y quedó boca abajo en el suelo. El niño dormía en sus brazos, sus piernas desnudas e inertes a lo largo del delgado cuerpo de Adriana, la cabeza bajo su barbilla. Era su hijo y yo no sabía que había nacido.

No me imaginaba la revolución que estaba a punto de empezar. De haberlo previsto quizá los habría dejado fuera. Adriana se creía un ángel con la espada, pero era un ángel descuidado y hería incluso por error. Si no hubiera aparecido, quién sabe, todo lo demás podría no haber sucedido.

Nuestro último encuentro había terminado en una pelea, después de unas semanas buscándola sin encontrarla. Estaba esperando un movimiento suyo. Ninguno de nuestros conocidos comunes la había visto en la ciudad, pero de vez en cuando enviaba postales a nuestros padres, arriba en el pueblo. Me las enseñaban cuando iba a su casa: puerto de Pescara, Pescara *by night*. Mu-

chos saludos de vuestra hija, y luego la firma ondeante. Sabía que las leería, eran para mí: la prueba de que estaba viva y cerca.

Su movimiento llegó a las tres de una madrugada de junio. No sé cuánto tiempo habría permanecido quieta y en silencio, mirándolos. Así de espaldas, la criatura parecía un muñeco grande, de aquellos que su madre nunca tuvo de pequeña.

Casi no la reconocía, llevaba un sombrero de paja medio deformado, con flores artificiales descoloridas en el ala ancha y el borde deshilachado en un lado. Pero debajo los ojos eran los suyos, luminosos y punzantes, aunque más abiertos, como cuando tenía miedo.

Me preguntó por Piero y le dije dónde estaba. Entonces la impacientó que permaneciéramos las dos de pie en la entrada, y casi me atravesó. No se había olvidado de la casa a la que había venido unas pocas veces, se dirigió segura hacia la habitación de matrimonio. Puso al niño en la cama y lo cubrió con la sábana, luego se sentó a su lado. Estaba delante de ella y no hablaba, se sostenía el rostro sudoroso con las manos, los codos sobre las rodillas. A sus pies, la bolsa que había dejado caer del hombro.

—¿Qué ha pasado? —intenté preguntarle.

No respondió, se fue hacia la ventana para esconder sus lágrimas. Temblaba un poco, los omóplatos desta-

caban debajo del camisón que me había parecido un vestido de verano. Golpeó el cristal con el ala del sombrero y se le cayó. Por encima de su oreja derecha, un solo golpe de tijeras le había cortado en seco la melena que le llegaba hasta los hombros, como en un juego de peluquería que hubiera terminado mal. Inmediatamente se cubrió la cicatriz, ignorando mi asombro. Un leve crujido, el niño se quitó la sábana de encima y se volvió hacia la lámpara encendida. Dormía en la misma posición en la que había estado en el vientre de su madre, las mejillas llenas, los rizos húmedos de su flequillo en la frente.

–¿Cómo se llama? –pregunté en voz baja.

–Vincenzo –respondió Adriana desde la ventana.

Me arrodillé junto a la cama y olí a mi sobrino. Olía a limpio, la cabeza a pan aún caliente. Me arriesgué a acariciarlo, rozándolo apenas.

–Tenemos que quedarnos aquí un tiempo –dijo Adriana.

El tono grave me asustó más que la petición.

–Se lo pregunto a Piero.

–Piero es bueno, seguro que quiere. Tal vez tú no quieres. –Y se volvió de nuevo para mirar al exterior, los conos de luz blanca de las farolas de la calle.

La dejé allí y calenté agua en la cocina. Se rebeló ante la humeante taza de manzanilla, pero luego sopló en la superficie para enfriarla y se la tomó como un ja-

rabe amargo, a sorbos ruidosos, seguidos de una mueca de disgusto.

Un breve gemido del niño, extendió las manos horizontalmente, como un reflejo, pero sin despertarse.

–¿Estáis en peligro? –le pregunté.

–Aquí no –respondió pensativa.

Luego fue al baño de servicio, siempre con un pie descalzo y el otro metido en la zapatilla. Me acerqué a Vincenzo en busca de similitudes, pero era difícil estando dormido, solo la boca un poco descarada parecía de su madre. Y en el dibujo de la nariz recordaba al otro Vincenzo, el tío que nunca conocería.

Con el tiempo se ha ido pareciendo cada vez más a él: en la cara, en la forma de caminar y de reír, en cómo echa la cabeza hacia atrás. Cuando su madre lo llevaba al pueblo, en la plaza se paraban a mirarlo, tan parecido a quien ya no estaba. También la determinación es la misma, pero mi sobrino sabe dónde aplicarla. A los seis años se concentraba durante horas en las piezas de Lego: construía barcos completos con todos sus detalles. Ahora quiere ser ingeniero náutico.

–Te rompo la cara si no estudias –lo amenaza a veces su madre, pero no hace falta.

Adriana ha sabido criar a un chico distinto de nuestro hermano, distinto también de ella.

El nombre del niño me impresionó aquella noche. Al repetírmelo luego, me parecía cada vez más acer-

tado. Vincenzo suena fresco y antiguo en sus tres propias sílabas. Adriana ha vinculado su criatura a una historia de desgracias y milagros, muertes y supervivencias: la historia desnuda de nuestra familia. Este Vincenzo me parece más fuerte que las adversidades, incluso ahora apuesto por su futuro.

3

Ayer me llamaron a secretaría al final de la mañana. Faltaba poco para terminar la clase y estábamos hablando de Francesco Biamonti. *Le parole la notte* es una de las novelas que elegí para este semestre, no es una obra fácil para mis estudiantes, pero les ha apasionado. Quise desafiar su comprensión del italiano y algunas certezas sobre su país.

Alain estaba impresionado por los «silencios inquietos» del protagonista y por el paisaje, los Alpes Marítimos vertebran el relato desde la primera hasta la última página.

–Como una puntuación –dijo.

–Parece realmente que estemos en Liguria –añadió la morenita que se sienta en la segunda fila.

–Después de todo, está ahí, justo al otro lado de la frontera, un poco más al sur. –Y señalé la ventana.

Luc se agitaba en su sitio, preparándose para intervenir. Quería leer una frase que disgustaba a su orgullo nacional: «De vez en cuando alguien coge a Francia

en sus brazos, la muestra al mundo haciendo creer que está viva, en cambio está muerta».

Me anticipé:

–¿Hay que rechazar siempre una mirada crítica o puede ser útil para comprender lo que no vemos de nosotros mismos?

En el despacho me esperaba una llamada urgente de Italia. Ya lo habían intentado al móvil, pero estaba apagado, dijo la administrativa tapando el teléfono. Momentos antes de contestar imaginé los posibles accidentes, no aquel. No este que me mantiene despierta en la habitación 405. Alguien entra aquí al lado, oigo la puerta y luego cómo orina en el baño, al otro lado de la pared.

No reconocí la voz en el aparato y, al principio, el dialecto de Pescara me sonó muy irreal.

–Tienes que volver aquí inmediatamente. –Y el resto era un balbuceo agitado, descompuesto.

La llamada fue corta, dije que saldría a la mañana siguiente si conseguía plaza en el tren. Cuando colgué me faltaba el aire, acepté la silla que me ofreció la administrativa. Recordé los ejercicios de respiración que me enseñó Piero la primera vez que fuimos juntos al Gran Sasso. Subíamos por la vía Direttissima, en un día tan despejado que la montaña parecía una basílica deslumbrante ante nuestros ojos. En un pasaje arriesgado miré el vacío debajo de nosotros: era una muerte

tan fácil de asumir, bastaba con soltar las manos. Incapaz de seguir, temblaba agarrada a la pared.

Sentada en la secretaría de la Universidad de Grenoble, repetí la respiración con el diafragma y recuperé el control. También me ofrecieron agua y la bebí. Un pasado entero me reclamaba de vuelta, como un resorte tenso que se afloja de repente y vuelve a la posición de partida.

Ahora estoy aquí. Del exterior llega un silbido mecánico, hacia el puerto, amplificado en la oscuridad. Se interrumpe a intervalos regulares y hace que el silencio pese más. Quién sabe si Adriana oye este silbido, y el silencio. Mañana la veré. Mañana ya es hoy, 01:01 marca fosforescente mi muñeca, la hora doble.

Ella tampoco durmió la noche que llegó a mi casa. Por la mañana me esperaba en el baño, sentada en el borde de la bañera, con una toalla sobre los hombros y el pelo recién lavado.

–Vamos, no quiero que Piero me vea así –dijo dándome las tijeras.

Protesté diciéndole que no era capaz, que tenía que ir a la peluquería.

–No, me da vergüenza. No es difícil, córtalo así. –Y se tocó por encima de la oreja.

Se peinó alisándose el pelo para facilitarme la tarea. Empecé, con las tijeras, poco adecuadas, en una mano,

y los mechones uno a uno entre los dedos de la otra. Caían con suaves golpes sobre sus piernas, en el fondo de la bañera, al suelo. Adriana se había calmado, ya no sentía sus músculos contraídos ni sus mandíbulas apretadas.

–¿De dónde vienes? –Me aventuré.

–De un lugar que no sabes. –Y se limpió los cabellos de la punta de la nariz–. Ahora no me molestes con preguntas, corta y calla. –Bostezó con un crujido de huesos–. Tienes que prestarme algo para ponerme, he venido volando. –Y se rio un momento tirando del dobladillo del camisón.

–¿Y para Vincenzo? –le pregunté.

–No necesita leche, todavía toma la mía. Para las cosas más urgentes después sales y se las compras.

–¿Yo?

–Tú. Es mejor que me quede aquí dentro por un tiempo. –Y cerró la boca de un modo que no admitía réplicas.

Al final se secó y el resultado nos desalentó: el pelo parecía cortado a mordiscos y ella tenía el aspecto de una enferma, con las ojeras profundas y moradas. No se enfadó, me pidió la maquinilla de afeitar eléctrica de Piero y se la pasó sin prisas, siguiendo el recorrido de la mano con los movimientos del cuello.

–Bien, empecemos de cero –dijo mirándose casi satisfecha en el espejo.

De repente parecía tan joven, frágil como un huevo. Tenía veintisiete años, pero daban ganas de protegerla, de tocarle la cabeza hispida y perfecta en comparación con su rostro salvaje. Se la rocé un momento con la punta de los dedos y no se apartó, así que extendí la palma de la mano como para contenerla en una caricia inmóvil, después de todo aquel tiempo.

Luego fuimos a la habitación a ver a Vincenzo. Adriana le había puesto dos cojines en el borde de la cama para que no se cayera. En el otro lado, Piero dormía vestido encima de las sábanas, vuelto hacia el niño y con un brazo sobre el pequeño cuerpo, pero con toda su levedad. Desde la ventana, la primera luz del día sobre ellos, aún gris, y los ruidos de la ciudad despertándose, los camiones de la basura en movimiento para su recogida. Adriana dejó escapar una exclamación de sorpresa y Piero abrió los ojos sin moverse.

—Realmente, no me esperaba esto de ti —le dijo señalando al niño.

Había entrado en silencio y había escuchado nuestras voces en el baño. El tiempo de comprender, y se había acostado junto a la novedad. Se estiró, hasta sus bronceados pies.

En la cocina bromeó con Adriana sobre su nuevo peinado y me paró tocándome la muñeca mientras encendía el fuego para el café. De cerca olía un poco a hospital, volvía a casa con los desinfectantes y el dolor

impregnados. Le pregunté cómo estaba su padre y me tranquilizó.

–Pon la mesa en el comedor, esta es una mañana de fiesta –dijo mientras salía. Así lo acostumbró su madre y así lo hice yo para la ocasión: mantel de lino de Flandes, servicio de tazas de porcelana, cucharitas de plata de nuestros regalos de boda. Lo disponía todo absorta en mis pensamientos, sobre Adriana, a quien oía moviéndose ahí dentro, con su hijo, presente en mi vida desde hacía unas pocas horas. Acababa de llegar un futuro totalmente distinto de cómo lo imaginaba.

–Aquí está la tía –me presentó cuando se despertó Vincenzo.

Quería dármelo en brazos, pero él juntó los labios como si fuera a llorar y me retiré. Miraba a su alrededor sin dejar de mover los ojos, oscurísimos. Fruncía por un momento la frente en un rictus y enseguida la distendía, tranquilizado por el contacto con su madre. Le tocaba curioso la cabeza rapada. Adriana lo cambió, tenía pañales en su bolsa, luego se desabrochó el camión y le dio de mamar sentada en mi cama. Vincenzo tomó hasta saciarse, moviendo de vez en cuando la mano sobre el pecho veteado de venitas azules. No podía creer que mi hermana, tan delgada, fuera capaz de toda esa leche: un reguero fluía desde la comisura de la boca hasta el cuello del niño, que controlaba de reojo

que yo mantuviera la distancia de seguridad. Ya tenía nueve meses.

Piero volvió con flores silvestres, que encontró en un mercado de barrio, y los cruasanes aún calientes de la pastelería Renzi. Adriana agarró inmediatamente uno y arrancó la mitad de un solo mordisco.

–Vaya mesa de ricos –dijo mientras colocaba el ramo en un jarrón.

El niño se había dejado coger por su tío y le sonreía como si, en su breve sueño juntos, ya hubieran intimado. Traje la cafetera de la cocina con las últimas gotas todavía borboteando. Nos sentamos, Vincenzo, en brazos de Piero, Adriana a su lado. Le dio a su hijo la punta del cruasán. Parecíamos una familia disfrutando de la hora del desayuno.

De repente llamaron a la puerta varias veces. Adriana se levantó de un salto golpeando una pata de la mesa, y la cafetera se tambaleó. La atrapé al vuelo, pero me quemé la mano. Huyó hacia el baño olvidándose incluso de Vincenzo.

A la señora del piso de arriba se le había caído un trapo en nuestro balcón. No sabía que tuviéramos un sobrino, qué hermoso niño, y su mamá estaba aquí, sí, solo había salido un momento. Ahora nos vendrían ganas a nosotros también de tener uno, dijo, y le cogió una mano agitándola alegremente. Para Vincenzo era demasiado, su madre desaparecida de golpe, la des-

conocida que le hablaba encima y lo tocaba: se puso a llorar, al principio suavemente, y luego con toda la potencia de su vocecita. Ni siquiera esto sirvió para sacar a Adriana de su escondite, o tal vez no podía oírlo, acurrucada en un rincón como hacía a veces en nuestra casa en el pueblo, con las manos apretadas tapándose las orejas. La llamé y no respondió, giré la manija hacia arriba y hacia abajo, golpeé la puerta del baño. Ahora no me interesaba nada de la vecina. Siempre ha sido así con mi hermana, de un momento a otro puede suscitarme ternuras conmovedoras o rabias furibundas.

–Adriana, sal y coge a tu hijo –le grité.

Esperé una reacción que no se produjo.

Regresé y le devolví el trapo a la señora que se había quedado muda. La despedí rápidamente. Mientras tanto, Piero intentaba calmar a Vincenzo, le mostraba cosas en un intento por distraerlo: las olas tan próximas desde la ventana abierta al mar, un barco en movimiento, pero la mirada del niño no llegaba hasta allí. Lo único que quería era a su madre. En cuanto cerré la puerta de entrada, Adriana salió con el rostro fresco, cogió a su hijo que le tendía los brazos y el llanto cesó como si le hubiera tocado un interruptor secreto.

–Piensas que eres buena, pero tienes la maldad dentro –no se privó de decirme antes de sentarse de nuevo a la mesa para terminar el desayuno.

Piero y yo nos desplomamos juntos en el sofá, podía sentir cómo el sudor se evaporaba de su piel. No estábamos acostumbrados al desorden que comportan los niños. Algunas parejas de amigos ya los tenían, aún pequeños: de lejos nos gustaban los de los demás. Nuestros hijos eran todavía un proyecto vago, no un deseo real, más bien una fantasía, necesaria pero no suficiente.

Al cabo de unos minutos me levanté, tenía que arreglar una habitación para los dos, y salir a comprar algunas cosas para Vincenzo. Piero estiró las piernas y se durmió un poco, para recuperarse de la noche en el hospital con su padre y de las sorpresas de la mañana.

Aquella noche hablamos. Yo ya estaba en la cama cuando entró, encendió la lámpara de su mesita de noche y se inclinó para besarme la nuca, en su vértebra preferida. El ligero murmullo de la camisa apoyada en la silla, los zapatos alineados cerca de la ventana.

–Mi chica está despierta –susurró trayendo entre las sábanas la menta de su aliento y un residuo de alegría del grupo que acababa de dejar.

–Debes disculpar a Adriana –le dije–. Ha irrumpido aquí sin avisar, pero no creo que ella y el niño se queden mucho tiempo.

Apagó la luz y me abrazó por detrás, le gustaba dormirse así.

–Me alegra verlos por la casa. Vincenzo es adorable, y tu hermana siempre me hace reír.

–A mí no tanto –le dije tomándole la mano.

Frotó la punta de la nariz en mi hombro como si quisiera calmar un picor. Luego sofocó un grito contra mi espalda, pero por jugar, dijo:

–Tienes los pies helados incluso en verano.

–Y tú hirviendo.

–Ahora te los caliento –dijo con la voz adormecida.

Sentí que su cuerpo perdía toda tensión, abandonándose alrededor del mío. Su mano se aflojó en mi mano. Me quedaría así hasta la mañana, despierta en un lugar seguro.